

**JOAN D'ARC
QUINTA PARTE**

**LA HORA DE
LA VERDAD**

"Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes."

Yoda, Maestro Jedi

Capítulo I

[Hangar principal de la *Vigilante*]

Chistes resopló con momentáneo alivio cuando tuvo a la vista la entrada al hangar de la *Vigilante*. Desde que habían abandonado la atmósfera de KS-31, y especialmente al cruzarse con los destructores estelares, había procurado tener siempre una mano cerca de la palanca de activación manual del motivador de salto. Mientras escuchaba la tensa conversación entre la *Vigilante* y las naves imperiales, no había dejado de temer que en cualquier instante comenzaran los disparos. Sólo ahora se dio cuenta de que no había programado ninguna coordenada de destino en la computadora de vuelo. *Por todos los...* La piloto primero palideció por el susto, y un momento después enrojeció furiosa consigo misma. *¿Cómo puedo ser tan estúpida? Sin coordenadas de destino, cualquiera sabe qué hubiera sido de nosotros si hubiese llegado a empujar la maldita palanca.* Chistes se dio un golpe en la frente con la palma de la mano y, decidiendo que no era suficiente, se dio dos más antes de abrir una línea de comunicaciones directa con la lanzadera pilotada por Lince.

"¿Lince?"

"Dime, Chistes, te copio."

"Podrías, por favor, transmitir tus coordenadas de salto a mi computadora de vuelo?"

"¿Las coordenadas...?" Chistes no necesitaba ver a su compañera para imaginar la cara que estaría poniendo en ese momento. "Claro, allá van."

"Gracias." *No ha dicho nada. Buena chica, Lince.* Chistes se disponía a cerrar la comunicación cuando escuchó de nuevo la voz de su compañera.

"Menos mal que no te han hecho falta hasta ahora, ¿no?"

Lo sabía. Sabía que tenía que decirlo. "¡Efectivamente! Pero no me pongas más nerviosa de lo que ya estoy, ¿quieres?" Chistes cortó la línea sin esperar respuesta con un nervioso manotazo. Al entrar en el hangar activó los repulsores e hizo que el transporte se posara con suavidad sobre la cubierta de vuelo, dejando el morro apuntado hacia la salida. Tan pronto como vio al oficial de cubierta hacerle la señal indicando que todo estaba en orden, abrió la compuerta trasera.

"¡Dense prisa en bajar!" gritó en dirección al atestado compartimento de carga. "¡Mis compañeras y yo tenemos que volver a por el resto de la colonia!" No hacía falta que les dijera nada más. Sabiendo que cuanto antes abandonarían el transporte, antes saldrían a buscar a sus familiares y amigos, los asustados colonos se apresuraron a salir. El padre del joven que le había ayudado a convencer a los colonos se detuvo un instante en la puerta de la cabina y le puso una mano en el hombro por encima del asiento.

"¿Salvarán a mi hijo y los otros, ¿verdad?"

Chistes recordó que la madre del chico le había llamado Alvar. "No se preocupe, señor. Regresaremos con Alvar y el resto de su gente." O *no regresaremos ninguno*, pensó para sí.

El hombre asintió y se marchó a toda prisa sin decir nada más. Chistes respiró profundamente y volvió a elevarse sobre la cubierta, comprobando con el rabillo de ojo que las lanzaderas de Lince y de Ángel la seguían. *Ojalá Alvar haya podido convencer a los que faltan.*

[Grupo de Interceptores TIE]

Llamarada vio a los transportes saliendo por segunda vez de la fragata. Iceberg y Sombra se habían unido a Víbora y a ella, preparados para repetir la operación. *Ya vamos por la mitad.* Ese pensamiento debería haberle infundido tranquilidad, pero no era así. Mientras esperaba a que las tres naves llegaran a su altura, no dejaba de preguntarse cómo era posible que los imperiales se hubieran tragado sin más lo que les había contado Rammes. El sargento lo había hecho de maravilla, pero aun así le resultaba del todo increíble. En el fondo, Llamarada no había creído que llegaran a efectuar el segundo viaje al planeta, y todas sus esperanzas se habían centrado en poder sacar de allí al menos a la mitad de los colonos. *A estas alturas, ya tendríamos que estar abriéndonos a tiros una ruta de escape.* Llamarada sacudió la cabeza. Había algo muy extraño en Avalancha desde que se había despertado del coma. Casi no parecía la misma. Tan pragmática como siempre había sido, tan poco dada a creer en milagros ni a mostrarse excesivamente confiada con nada, su vieja amiga parecía estar convencida de que este plan descabellado iba a dar resultado. *Y yo que pensé que era yo la optimista del grupo.* Lo más asombroso de todo era que el plan *sí* que estaba funcionando. "Hasta ahora..." murmuró la piloto entre dientes.

"Duende Tres y Cuatro, mantenéos junto a Ballard Dos y las lanzaderas," escuchó ordenar a Víbora.

"Sí, señor." Iceberg y Sombra rompieron la formación y se colocaron a ambos lados del trío de transportes, exactamente igual que habían hecho media hora antes. Llamarada echó un vistazo a su alrededor. Además de los dos destructores estelares, había muchas otras naves allí, incluyendo fragatas Nebulon-B como la *Vigilante*, corbetas rápidas corelianas, y un par de portanaves de escolta. Llamarada esperaba que estos últimos hubieran venido prácticamente de vacío, con el fin de servir de plataforma de aterrizaje y despegue para los transportes ligeros que habían llevado a cabo la evacuación del contingente imperial en KS-31. Si en lugar de eso iban cargados de cazas sería ya lo que les faltaba. Llamarada sacudió la cabeza y dejó de hacer cálculos mentales de fuerzas enemigas. Para lo único que servía eso era para

aumentar la ansiedad que ya de por sí sentía. Daba igual veinte que treinta. Estaba claro que no iba a ser nada fácil salir del sistema si tenían que hacerlo por las bravas. *A lo mejor no nos hace falta. A lo mejor podemos irnos tan tranquilamente como hemos llegado.* Llamada no terminaba de creérselo, a pesar de que la idea de hacer esto prácticamente se le había ocurrido a ella. Siguiendo un reflejo adquirido desde que empezó a pilotar cazas estelares para la Alianza, hizo amago de verificar los indicadores de carga de los escudos, antes de acordarse de que estaba en un Interceptor TIE. No tenía ningún escudo en absoluto.

¡Hay que ver lo que echo de menos mi ala-A!

[Destructor estelar *Senderis*. Sala de reuniones del escuadrón Delta de Interceptores TIE]

Para su propia sorpresa, el teniente Hagger, Delta Uno, había descubierto que no estaba lo bastante cansado como para dormirse. Había decidido pasarse por la sala de reuniones para charlar un rato con alguno de sus compañeros, pero había encontrado la sala vacía. Al parecer, todos los pilotos que no estaban en vuelo estaban descansando en sus camarotes. Hagger se acercó al dispensador y se sirvió una taza de café sintetizado. Al probarlo, y pese a la costumbre, no pudo evitar un gesto de disgusto. "Esta porquería causa más bajas que todos los pilotos rebeldes juntos, estoy seguro," murmuró para sí mirando fijamente la sustancia negra humeante. "Sin mencionar que seguramente tiene la culpa de que esté aquí despierto cuando todos los demás están durmiendo..."

El piloto se acercó a una terminal de ordenador. Se le ocurrió que podría matar un poco el tiempo probando alguno de los últimos juegos. Se sentó ante la pantalla y pidió un listado de las novedades del mes. Al hacerlo tomó otro sorbo del café y casi le dieron ganas de escupirlo.

"Ah, mira que cada vez me sabe peor, pero no puedo dejar de tomarlo, maldita sea... Me pregunto si el piloto de ese transporte decía en serio lo de que se estaba tomando un café coreliano."

Parecía un tipo agradable. Hagger esperaba que tuviera ocasión de pasarse por el *Senderis* y así hacer realidad la invitación que le había prometido. "Y si fuera verdad lo del café, a lo mejor podría pedirle que me consiguiera un par de bolsas..." Al pensar en ello, Hagger se dio cuenta de que ni siquiera sabía como se llamaba el tipo, pero eso no era nada que no pudiera resolverse con la ayuda de la computadora. Cerró la interfaz de acceso a los juegos y accedió a los servicios de información generales del *Senderis*. Tras obtener autorización para entrar en el sistema presionando la palma de la mano derecha sobre el lector adjunto a la consola, Hagger introdujo una solicitud de búsqueda de datos acerca de un transporte identificado como Ballard Dos. Casi de inmediato los datos aparecieron en la pantalla. Transporte de tropas de asalto, clase Delta Dx9, dimensiones, peso, velocidades máxima y de crucero, capacidad de

carga, armamento instalado... Hagger no necesitaba ese tipo de información. Las especificaciones técnicas se las sabía de memoria. Acercó el dedo índice a la pantalla para seleccionar los datos particulares de servicio. Ala de transporte Ballard, base principal en la Plataforma Espacial ISP-51H, sistema Gyndine. Las unidades Uno a Seis se encontraban temporalmente asignadas a las instalaciones de KS-31. Tres de ellos habían sido destruidos recientemente durante un ataque rebelde. Hagger hizo una mueca. Ojalá el *Senderis* hubiera estado allí. Seguro que los rebeldes se habrían llevado un buen susto. Requirió información específica sobre Ballard Dos, últimos vuelos y pilotos. Aquí estaba. La última misión almacenada en el sistema era un vuelo entre KS-31 y el sistema Thoriam. El piloto asignado para esa misión era el sargento Iskaías Sehard. Al fin lo que quería saber. *Iskaías, vaya nombre chocante*. Hagger cerró el archivo correspondiente a Ballard Dos y utilizó el enlace a la base de datos de personal de la Armada. La ficha incluía, como era habitual, un holograma a tamaño reducido del rostro del piloto. El sargento Sehard era un varón de treinta años, pelo negro, ojos marrones y ningún rasgo notable aparte del bigote pasado de moda. Hagger no se lo había imaginado de ese modo, pero eso pasaba siempre cuando conocías a alguien sólo por su voz. Picado por la curiosidad, empezó a leer el archivo. Los breves datos biográficos no contenían nada interesante. Lugar de nacimiento, nombre y profesión de los padres, y cosas por el estilo. Hagger estaba a punto de cerrar este archivo también, ligeramente decepcionado, cuando descubrió que había un anexo a la ficha. Hagger comprobó que era muy reciente. Tan sólo hacía una hora y media que lo habían escrito. El sargento Sehard estaba citado a bordo de la fragata médica *Mountrill* para un chequeo rutinario, junto a otros pilotos y personal técnico del ala Ballard desplazados a KS-31. Estaba previsto que luego viajaran directamente desde la *Mountrill* hasta su base permanente en Gyndine. Hagger no se había presentado. Aquello era un poco raro. ¿Cómo podían estar esperándolo para un chequeo en la *Mountrill* si le habían asignado una misión? Hagger se encogió de hombros. Seguramente andaban cortos de pilotos tras el ataque rebelde, y Sehard o su oficial superior se habían olvidado de cancelar la cita con los servicios médicos.

Hagger se recostó sobre el asiento mirando la pantalla, sin saber muy bien en qué ocupar el tiempo aparte de seguir matándose a cafés. Su grupo ya no tenía más vuelos programados de momento. El *Senderis* y el *Disuasor* habrían terminado aquí dentro de un rato, y después de eso la flota tenía previsto reunirse en torno a Kessel, antes del volver hacia el Anillo Medio. Muchos pilotos se sentían tan frustrados como él por no ser enviados de patrulla al Anillo Exterior, donde las oportunidades de entablar combate con los rebeldes eran mucho mayores. Así no había manera de ascender. Eso le hizo volver a pensar de nuevo en Sehard. Su grupo había perdido tres transportes en el ataque... Los Delta Dx-9 llevaban torpedos de protones. No sería tan extraño que hubieran participado en la lucha. Si eso era así, el sargento Sehard podría tener un montón de cosas que contarle. Sintiendo de nuevo interesado en el tema, se decidió a echar vistazo a la lista de bajas recientes en el ala Ballard. Pensó que aquello podría ser información restringida, pero no era así. Al ver los resultados de la búsqueda frunció el ceño. Ni un solo muerto o herido en el último año. *Pero si habían perdido tres naves...* La siguiente consulta confirmó sus sospechas. Las tres habían sido destruidas en tierra, dentro de uno de los

dos hangares asignados al ala de transporte, el cual fue alcanzado por el enemigo. Es decir, no andaban cortos de pilotos, sino que tenían más de los que necesitaban. *¿Entonces por qué no mandaron a otro a llevarse las piezas, si Sehard tenía una revisión médica?* Hagger se puso tenso. Presentía que allí había rancor encerrado.

El piloto tomó otro sorbo de café, pero esta vez ni siquiera notó el sabor. Tenía que saber más. Decidió probar un acercamiento diferente e intentó encontrar algo sobre la plataforma espacial de Industrias Sienar en Thoriam, el supuesto destino de Ballard Dos en su penúltima misión. Ahora casi toda la información sí que estaba reservada. Hagger no tenía los privilegios de acceso necesarios para hacer consultas sobre una de las empresas que más equipamiento militar le suministraba al Imperio, y sin duda una de las que estaban involucradas en mayor número de proyectos ultrasecretos. *Como lo del nuevo caza, por ejemplo.* Por aquí se había topado con un callejón sin salida. No tendría más remedio que utilizar un camino más lento para enterarse de lo que quería saber. Volviendo al menú principal de consulta, lanzó una nueva búsqueda general en el banco de datos de la Armada Imperial acerca del transporte Ballard Dos, esta vez explorando no sólo en los títulos de informes y fichas, sino también dentro de los contenidos. El programa le informó que su consulta podría llevar varios minutos y le pidió confirmación. Hagger puso el dedo sobre la opción de aceptar. No le importaba tener que esperar un rato. Una vez puesto en marcha su instinto de cazador, esperaría horas si hacía falta.

[Superficie del planetaide KS-31, cerca de la colonia agraria]

"Estamos haciendo el tonto," dijo Tol Finemar malhumorado. El veterano agricultor movía la cabeza de un lado a otro para reforzar sus palabras. "¿Para qué iban a tomarse el trabajo de destruir todo el planetaide? No creo que el resto de la galaxia sepa siquiera que existimos. Mirad, dejar nuestras casas durante unas horas, pase. Nunca está de más ser precavidos. Hasta yo puedo entender eso. Pero ¿dejar KS-31? ¿A dónde se supone que vamos a ir? Mejor dicho aún, ¿a dónde se supone que nos van a llevar esos supuestos rebeldes? No quiero salir de la sartén para lanzarme directamente al fuego."

Varios de los colonos asintieron, dándole la razón a Finemar. Muchos compartían al menos parte de sus dudas. Alvar Parix se había pasado la última media hora intentando convencerles de que el peligro era real, pero después de todo no era más que un muchacho. Todos le apreciaban, pero de ahí a seguirle a todas partes había una gran diferencia. El sonido de los motores de las tres naves interrumpió la discusión.

"¿A qué están esperando?" preguntó Ángel a través del intercomunicador. Salvo los que se habían quedado fuera la vez anterior, el resto de los colonos no parecía tener la menor intención de subir a las naves.

"Iré a ver," dijo Chistes poniéndose la mascarilla respiratoria. Les quedaban exactamente veintiún minutos, suponiendo que a los imperiales no les entrasen las prisas y empezaran antes de tiempo. Tomando como referencia el viaje anterior, Chistes calculaba que les harían falta cinco minutos para abandonar la atmósfera, y otros diez más yendo a la máxima velocidad para poner una distancia segura entre ellos y el planeta. En veinte minutos podrían alcanzar la fragata, o al menos una posición desde la que les fuera posible saltar al hiperespacio por su cuenta, pero para eso tendrían que haberse puesto a salvo primero. Es decir, si no despegaban en menos de seis minutos, no lo contarían.

[Destructor estelar Senderis. Sala de Misiones del escuadrón Delta]

Los resultados de la búsqueda empezaron a llenar la pantalla. Hagger fue saltando de una página a otra en busca de algo que le llamara la atención. Llegó al final sin encontrar nada. Ordenó los registros cronológicamente, empezando por el más reciente, y empezó a leerlos uno a uno. Encontró lo que buscaba en el cuarto que comprobó. Se trataba de un informe enviado por un navío de carga militar clase Tonda II, el *Devaner*, justificando un retraso en su plan de vuelo. Llevaban cinco horas esperando al transporte Ballard Dos en el punto de reunión en el sistema Lystra. Ballard Dos debía entregarles un cargamento de componentes, en concreto toberas de dirección y paneles de refrigeración. Hagger se acordaba de que eso era exactamente lo que llevaba el transporte, pero al parecer alguien había cambiado el destino horas antes de la salida, y nadie había informado del cambio al *Devaner*. El piloto verificó los últimos accesos a la tabla de planes de vuelo del ala Ballard desde KS-31. Todos estaban firmados por un tal teniente Fender, jefe del destacamento. Hagger solicitó ver todos los campos disponibles para cada registro, aparte de los incluidos por defecto. Entre las nuevas columnas que aparecieron sobre la pantalla, aparecía el identificador del usuario que había realizado cada una de las operaciones. Todas habían sido ejecutadas por I352fender, que no podía ser otro que el teniente Fender. No, todas menos una, grabada por el usuario au212admin. Hagger no era un experto informático, pero aquello parecía un usuario de administración del propio sistema. Ésa no era una prueba definitiva, pero Hagger estaba ahora seguro de que los datos habían sido manipulados. Aquello tenía sentido. Si Sehard hubiera llegado a tiempo a su cita con el *Devaner* en Lystra hacía casi seis horas, habría podido regresar a tiempo para su chequeo médico a bordo de la *Mountrill*.

Si era realmente Sehard quien pilotaba el transporte Ballard Dos, desde luego no estaba actuando bajo las órdenes de su oficial superior, el teniente Fender. Además, el propio Sehard o bien alguien que trabajaba con él se había tomado muchas molestias para cubrir sus huellas en la base de datos de la Armada.

Hagger pidió una línea de comunicaciones con el puente.

"Aquí el teniente Hagger, del escuadrón Delta. Necesito hablar con el capitán de navío Perdiggo."

[Hangar principal de la Vigilante]

Algo estaba pasando en esa nave. Avalancha no podía saber de qué se trataba exactamente, pero por lo que podía percibir en la mente del capitán y de los que se encontraban a su alrededor, la tensión en el puente de mando acababa de incrementarse sensiblemente. Avalancha se alarmó. ¿Significaría eso que los imperiales habían descubierto algo y que todo el plan estaba a punto de estallarles en la cara? Seguramente, los transportes estaban ya despegando o a punto de hacerlo, y volverían a estar en el espacio en cuestión de minutos. *Necesitamos un poco más de tiempo, sólo un poco más, por favor...*

Los colonos que quedan en el planetoide, dijo Joan en su mente. Tus pilotos están teniendo problemas con ellos.

¿Problemas, qué clase de problemas?

No consiguen hacerles subir a las naves. Tienes que hacer algo.

Maldita sea. Avalancha necesitaba saber qué estaba pasando exactamente allá abajo, pero no podía comunicarse con el grupo de Chistes sin alertar a los imperiales. Apartándose de los capitanes de los destructores estelares, Avalancha dirigió sus sentidos hacia el planetoide, en busca de una mente que le fuera familiar. La distancia era mayor, pero la tarea era mucho más fácil que la de localizar a un desconocido en una nave tripulada por miles de personas. No tardó en sentir a Chistes, y lo primero que percibió de ella fue su angustia. La piloto estaba muy nerviosa, al igual que los que la rodeaban. Discutían. Avalancha trató de abarcar a todos los colonos y empujarles a hacer caso a Chistes, pero se encontró con una gran resistencia. Tenía la sensación de estar nadando contra corriente, y se estaba ahogando. Eso no le había sucedido mientras manipulaba a esos dos capitanes, aunque tampoco aquello le había resultado fácil. *Estoy haciendo algo mal.* Avalancha recordaba haber convencido a miles de personas a la vez para que ignoraran las señales de aviso de sus instrumentos, justo antes de atacar a la flota bretaliana en Alderaan. Era Joan quien lo había hecho, pero Avalancha lo sentía como si hubiese sido ella misma. Ahora trataba de repetirlo con todas sus fuerzas, pero estaba fallando sin remedio.

¡No puedo, no puedo, no puedo!

Efectivamente, no puedes obligar a todos ellos a actuar contra su voluntad. Sólo desde el Lado Oscuro se puede hacer algo semejante. Pero recuerda que sí que puedes reforzar algo que ya esté ahí. Es lo mismo que acabas de hacer con los capitanes de esas naves.

Avalancha intentó hacer lo que Joan le sugería, pero era incapaz de encontrar nada a lo que agarrarse. El nerviosismo de Chistes la estaba

alcanzando también a ella. Los transportes tenían que despegar inmediatamente. Dos minutos más y ya no tendrían ninguna posibilidad de escapar. Los colonos no se dejaban convencer y, a pesar de sus esfuerzos, Avalancha no conseguía ayudar a Chistes en modo alguno. No tenía más remedio que rendirse, pero no iba a dejar que sus pilotos murieran con los testarudos colonos.

¡Sal de ahí, Chistes! ¡Ahora!

El súbito pensamiento sobresaltó a la piloto porque no parecía venir de ella misma. Y sin embargo era la verdad. Por los auriculares del casco, que esta vez se había dejado puesto, escuchaba la voz de Lince mientras le iba marcando el paso del tiempo. Su compañera parecía cada vez más intranquila, y no le faltaba razón. Alvar y ella ya habían perdido más de cuatro minutos discutiendo sin resultado. Chistes agarró a Alvar del brazo.

"Ya basta, Alvar. Tenemos que irnos ahora mismo." Chistes se puso en marcha sin dejar de tirar del joven. "¡Lince, Ángel, nos vamos! ¡Éstos se quedan aquí!"

Los colonos que aún se empeñaban en no subir a los transportes, liderados por Tol Finemar, se miraron entre sí al oír la orden chillada por la piloto. Casi todos aquellos que tenían familiares que se habían ido en el primer viaje, estaban ya a bordo de alguna de las tres naves.

"¿Y si es verdad lo que dicen?" preguntó uno de los que rodeaban a Finemar.

Avalancha lo sintió. La inseguridad y el miedo empezaban a cebarse con los colonos que estaban a punto de ser dejados atrás. Eso era lo que estaba buscando. Sí, otra vez el miedo. El miedo era la única cosa que podría obligarles a moverse, si es que ella podía hacer que fuera lo suficientemente intenso.

Vais a morir, vais a morir, vais a morir...

El hombre que acababa de hablar y dos más echaron a correr como si de pronto les quemara el suelo bajo sus pies. El sonido de los motores de las naves se hizo más fuerte al tiempo que empezaban a elevarse sobre el suelo, provocando un remolino de polvo y arena. La veintena de colonos que aún no se habían decidido lo hicieron cuando vieron al propio Tol Finemar trotando hacia las naves sin parar de agitar los brazos.

"¡Eh, Chistes, espera!" exclamó Ángel. Al mirar a través del visor delantero, Chistes vio venir a los colonos que corrían. Les quedaba menos de un minuto.

"Sí que se han decidido con el tiempo justo," dijo entre dientes. "Ángel, Lince, id delante. Yo soy la que tengo más espacio. Alvar, ayúdales a subir." La piloto volvió a abrir la rampa trasera e hizo avanzar el transporte a medio metro del suelo en dirección a los colonos, contando los segundos en voz alta.

"Uno, dos, tres..."

"¡Todos dentro!" chilló Alvar cuando Chistes alcanzaba ya el número treinta.

"¡Pues dile a todo el mundo que se agarren donde puedan!"

Chistes empujó la palanca de potencia hasta el fondo y lanzó el Delta Dx9 en persecución de las lanzaderas. A pesar del compensador inercial y de la limitada gravedad del planeta, se sintió aplastada contra el asiento, mientras los músculos de la cara pugnaban por ponerse a la altura de las orejas. En el compartimento de carga, más de uno de sus pasajeros iba a vomitar hasta las bilis. *Bien merecido se lo tienen...* Al alcanzar las capas altas de la atmósfera las estrellas se hicieron visibles. Los dos destructores imperiales estaban emparejándose casi justo enfrente de ella, preparándose para abrir fuego.

Esto está a punto de convertirse en un infierno.

[Grupo de Interceptores TIE]

Iceberg fue el primero en verlos venir. No pudo evitar soltar un suspiro de alivio cuando los tres puntos rojos aparecieron sobre su pantalla sensora delantera. Chistes se había quedado un poco rezagada, no obstante, y eso le preocupó. No estaba muy seguro de cómo pensaban los imperiales volar el planeta, a no ser que se guardaran en la manga un super-láser como el montado a bordo de la Estrella de la Muerte, pero si realmente conseguían hacerlo estallar, la onda expansiva podría alcanzar bastantes kilómetros. Nada que estuviera entre los destructores estelares y el planeta estaría a salvo.

"Rumbo de interceptación, Duende Cuatro." El caza de Sombra imitó su maniobra y juntos giraron hacia las dos lanzaderas que se aproximaban. El *Senderis* y el *Disuasor* estaban ya en posición, listos para empezar a disparar en cualquier momento. *Cuando antes nos quitemos de en medio mejor.*

A través de los auriculares escuchó a Sombra carraspear insistentemente, como si quisiera decirle algo. Iceberg vio enseguida de qué se trataba. Tenía cuatro señales en su pantalla sensora trasera, indicando otros tantos Interceptores TIE aproximándose desde el *Senderis*.

Cuatro, pensó. No pueden ser Víbora y Llamada...

El dispositivo de identificación amigo-enemigo del caza le dijo lo que quería saber. Esas naves pertenecían al escuadrón Delta. La mirada de Iceberg se posó sobre el indicador de amenaza. No parpadeaba. *Si no vienen a por nosotros...*

...van a por los transportes!!!

[Hangar principal de la *Vigilante*]

Avalancha devolvió su atención a los puentes de los destructores estelares, buscando restablecer el contacto con las mentes de sus capitanes. Para cuando lo consiguió, supo que las cosas acababan de torcerse. No tenía sentido intentar obligar a los capitanes de los destructores a cambiar de idea. Acababa de comprobar con los colonos que ni siquiera con el apoyo de Joan podía llegar tan lejos. La voz de Rammes se oyó a través del intercomunicador para confirmarle lo que ya sabía.

"Comandante, aquí Rammes. Tenemos problemas. El *Senderis* acaba de enviar cazas a inspeccionar nuestras naves. En este mismo momento están intentando contactar con nosotros, y es fácil imaginar que esta vez no van a ser tan cordiales..."

Es el momento, Sherry.

"Lo sé," respondió Avalancha en voz alta.

"¿Comandante?"

"Ya conocéis todos el plan. ¡Todos los cazas, lanzamiento!"

Capítulo II

[Puente del destructor estelar *Senderis*]

El capitán de navío Perdiggo trataba de que su agitación no fuera percibida por sus subordinados. Tan pronto como el teniente Hagger le había informado de sus descubrimientos, había ordenado que las lanzaderas enviadas por la *Vigilante*, y muy particularmente el transporte Ballard Dos, fueran interceptados e inspeccionados. De paso había pedido que volvieran a abrirle una línea de comunicaciones con el capitán de la fragata. Los pilotos de los cazas TIE tenían instrucciones precisas de derribar sin contemplaciones al Delta Dx9 y a las dos lanzaderas si se negaban a seguirles hasta el *Senderis*. Si el piloto de Ballard Dos era un impostor, como Hagger le había hecho suponer, era casi seguro que la *Vigilante* tampoco estaba aquí siguiendo órdenes de Darth Vader. Al parecer el capitán Legann tenía razón. Perdiggo se sentía enojado consigo mismo, incapaz de entender cómo el miedo que le tenía a Vader lo había empujado a aceptar las palabras del tal capitán Keller con tanta facilidad. No permitiría que volviera a sucederle. Lo que tenía que averiguar ahora, y seguro que lo haría, es a quién obedecían Keller y el piloto de Ballard Dos. Sabía muy poco de lo que se estaba construyendo realmente en KS-31, pero lo que sí sabía es que el Gran Almirante Thrawn, el *Alienígena*, estaba detrás de ello. Había oído rumores de que el Gran Almirante Zaarin, su máximo rival, estaba intentando hacerse con el control de parte de la flota, con la connivencia de algunos sectores de Inteligencia Imperial. Perdiggo se preguntaba a menudo a sí mismo cómo pensaba el Emperador que iban a eliminar a la Rebelión, si antes no se terminaba de una vez por todas con las conspiraciones en el propio seno del Imperio. Aunque la sola idea le daba escalofríos, no podía evitar pensar que si fuera el propio Darth Vader y no Palpatine el que ocupara el trono, las cosas serían muy diferentes.

Perdiggo hizo un gesto de fastidio. Estaba empezando a cansarse de esperar a que le pusieran con Keller. Con gesto malhumorado, se acercó al oficial de comunicaciones, aparentemente enfrascado en su consola.

"No contestan, señor," dijo el oficial al verlo venir.

"Ya. No sé si debería sorprenderme. Haga que..." el oficial de comunicaciones dio un bote en su asiento. La voz del supuesto capitán Keller, saliendo de su consola, se dejó oír con fuerza en todo el puente. El mensaje era tal que hizo que Perdiggo dejara momentáneamente de lado sus sospechas para concentrarse en la urgencia que se le presentaba.

"¡A todas las naves, aquí la *Vigilante*! ¡Varios cazas rebeldes acaban de entrar en el sistema, la mayoría del modelo ala-B!"

"Confirmado, señor," informó el oficial encargado de los sensores. "Acabamos de detectarlos también nosotros."

Perdiggo frunció el ceño, considerando la situación. Desde que se produjeran los primeros encuentros con cazabombarderos de ese tipo, los

capitanes de todas las naves capitales imperiales habían sido aleccionados para no despreciar la amenaza que suponían. Con los doce torpedos de protones que podía cargar cada uno de ellos, y su reconocida capacidad para soportar grandes daños y seguir volando, un puñado de alas-B podría llegar a poner fuera de combate a un destructor estelar si se les daba la oportunidad de hacerlo. Perdiggio no estaba dispuesto a consentir que se acercaran a sus naves.

"¡Que todos nuestros cazas intercepten a las naves rebeldes! ¡Concéntrese en los alas-B!" *Más tarde nos ocuparemos de Keller y la Vigilante.*

[En las proximidades de la *Vigilante*]

Víbora escuchó la voz de Rammes por canal abierto avisando de la presencia de naves rebeldes en el sistema y maldijo entre dientes. Eso sólo podía significar que estaban a punto de ser descubiertos. Sus compañeros de escuadrón iban a intentar crear una distracción, con el fin de mantener a los imperiales apartados de la fragata y de los transportes, pero Víbora no se hacía ilusiones. La cosa iba a ponerse fea.

"Aquí Duende Uno," transmitió Víbora, sabiendo que estaba siendo escuchado por los controladores de vuelo imperiales, "somos los que más cerca estamos de los rebeldes, así que vamos a encargarnos de ellos."

"Entendido, Duende Uno," respondió Iceberg. "Duende Cuatro y yo vamos hacia vosotros." Víbora sabía que Iceberg y Sombra no tenían más remedio que obedecer la orden si no querían arriesgarse a levantar sospechas, *cosa que de hecho tiene que estar ya sucediendo*. Chistes, Ángel y Lince tendrían que quedarse solas, e intentar aprovechar la confusión para salir de allí cuanto antes.

"*Vigilante*, aquí Duende Uno," continuó Víbora según el guión establecido. "Solicito lanzamiento inmediato del resto del escuadrón Duende."

"Duende Uno, aquí la *Vigilante*." Esa no era la voz de Rammes, sino la de uno de los técnicos del hangar, haciendo el papel de controlador de vuelo. "Negativo, los refuerzos tendrán que esperar. Tenemos una avería en la catapulta de lanzamiento, aunque los técnicos ya están en ello."

"Entendido, *Vigilante*. Duende Uno fuera." *Si tan sólo nos dejaran intentarlo a nosotros solos por un rato...* pensó Víbora para sí.

"Duende Uno, aquí el *Senderis*. Ya hemos enviado a dos escuadrones en su apoyo."

Era demasiado esperar. "Gracias *Senderis*, pero mis hombres y yo podemos hacerlo sin ayuda."

"Repítame eso cuando hayan derribado ya a los rebeldes, Duende Uno. *Senderis fuera.*"

No se perdía nada por probar. Tras comprobar que Lllamarada le seguía de cerca, Víbora aceleró en dirección a los cazas del escuadrón Blanco. Según el plan de contingencia que tenían previsto para esta situación, los cuatro Interceptores tendrían que intentar ganar tiempo persiguiendo a sus compañeros y simulando que intentaban derribarlos, aunque lo que en realidad estarían haciendo sería cubrirles las espaldas. La cuestión era cuánto tardarían los pilotos imperiales en cansarse de esperar a que los Duendes afinaran la puntería antes de decidirse a actuar por sí mismos.

Avalancha se sintió rara a los mandos del ala-B, y eso le sorprendió. Llevaba meses volando y combatiendo en el cazabombardero de Slayn-Korpil, y seguramente estaba entre los pilotos que mejor lo dominaban, pero las respuestas del cazabombardero a sus acciones le resultaban extrañas, casi como si fuera la primera vez que lo pilotaba. Enseguida se dio cuenta de la razón. Se había acostumbrado al MF-21 *Cantante. Te has convertido en una experta en un caza que nadie pilota desde hace ochocientos años*, escuchó decir a Joan. Avalancha sentía su presencia cerca, muy cerca, como si se encontrase sentada a su lado. *Verás como te gusta el ala-B*, le respondió en con el pensamiento. *Es un poco más lento y bastante menos maniobrable, pero está increíblemente bien armado y tiene los mejores generadores de escudos que se hayan instalado jamás en un caza. Ésa es una ventaja que tú nunca tuviste.*

La mayor ventaja es la Fuerza, Sherry. Que sea ella quien te acompañe.

Gracias, Joan. Nos va a hacer falta a todos...

Durante la última hora, Avalancha había estado observando a ratos la flota imperial, decidiendo qué naves deberían escoger como blancos si se veían obligados a hacer lo que estaban haciendo ahora. Debían encontrarse lo suficientemente lejos de la *Vigilante* como para no ponerla en peligro, pero lo bastante cerca para que los cuatro Interceptores pudieran regresar a ella antes de que saltara al hiperespacio. Antes de salir ya había decidido ignorar tanto a los destructores - sería un suicidio atacarlos con tan pocos cazas - como a los dos portanaves de escolta, que estaban demasiado cerca. En la memoria del ordenador de a bordo de su nave tenía preseleccionadas a dos Nebulon-B que se encontraban prácticamente equidistantes respecto a la *Vigilante*. Un rápido vistazo le confirmó que las dos fragatas seguían siendo la mejor opción, así que transmitió los datos a los otros tres alas-B.

"Granito y Alce, tenéis el blanco número Uno. Coloso, tú sígueme a por el número Dos. Psico, haz lo que puedas por cubrir a los transportes, pero intenta que no se note que es eso lo que estás haciendo."

Los cuatro pilotos aceptaron las órdenes y rompieron la formación.

[Destructor estelar *Senderis*, catapulta de lanzamiento de cazas TIE número dos]

"Delta Uno solicitando lanzamiento inmediato" transmitió el teniente Hagger desde la cabina de su Interceptor. Tras hablar con el capitán de navío Perdiggo, Hagger se había apresurado a despertar a sus compañeros de patrulla y había acudido con ellos al hangar. Había comprobado con no poca satisfacción que sus cazas se encontraban repostados y listos para el despegue.

"Afirmativo, Delta Uno. Lanzamiento en treinta segundos. Las órdenes para su grupo son interceptar al transporte Ballard Dos y a las dos lanzaderas de la *Vigilante*, y traerlos aquí para ser interrogados."

"Creí que ya habían enviado a otra patrulla a hacer eso."

"Así es, pero se les ha ordenado regresar y enfrentarse a los cazas rebeldes."

También podíamos haber hecho eso nosotros, pensó Hagger con fastidio. "Copiado, Control. Delta Uno fuera."

Al entrar en el hangar se habían activado las alarmas, y todos habían escuchado por la megafonía el aviso de que había cazas enemigos en la zona. Hagger esperaba haber tenido la oportunidad de verse las caras con ellos, pero en lugar de eso le enviaban a pescar transportes. Al considerar lo que eso implicaba, descubrió que la misión no le disgustaba tanto. Su grupo y él habían interceptado dos veces a ese Dx9. Era de cierta justicia que fueran también ellos los que lo hicieran por tercera vez, aunque en esta ocasión las cosas iban a ser diferentes. Si los pilotos de los transportes, y muy especial el de Ballard Dos, les ponían la más mínima pega, tendrían permiso para apretar el gatillo. Tenía unas ganas locas de hacerle pasar un mal rato a Sehard o a quienquiera que estuviera a bordo de esa nave. No había nada que Hagger odiara más que el que alguien intentara tomarle el pelo, y al parecer eso es lo que había hecho ese tipo no una vez, sino dos. Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando la catapulta lanzó a su caza hacia el espacio como si fuera un misil. Durante un instante sintió una familiar sensación de náusea a causa de la violenta aceleración, mitigada sólo a medias por el compensador inercial del caza. Pero el malestar pasó enseguida. Hagger viró hacia KS-31, directo hacia la señal que indicaba la posición de Ballard Dos en su pantalla sensora delantera.

Capítulo III

[A bordo del transporte Ballard Dos]

Chistes estaba preparada para comenzar a realizar maniobras evasivas en cualquier momento. De los cuatro Interceptores TIE que se dirigían hacia ellas, dos venían directos hacia su nave. Llegado el caso, quizás Iceberg y Sombra podrían proteger a las lanzaderas, pero ella estaría sola. Le había sido imposible alcanzar a sus compañeras. Los Interceptores enemigos estaban a menos de diez kilómetros de ella cuando se escuchó el aviso del sargento Rammes. Instantes después, tanto Iceberg y Sombra como los cuatro imperiales se habían dado la vuelta. Chistes no sabía si alegrarse o no. Por un lado contaba con un momentáneo respiro, pero por otro, si Avalancha se había visto obligada a ordenar la salida de los cazas significaba que los imperiales estaban a un paso de descubrir lo que estaba pasando allí delante de sus narices.

La piloto abrió una frecuencia privada con las lanzaderas de Lince y Ángel. Eso suponía correr el riesgo de que la transmisión fuera captada por los imperiales, pero confiaba en que en estos momentos estuvieran demasiado ocupados persiguiendo a Avalancha y a los demás.

"Eh, chicas, parece que no vamos a poder alcanzar la fragata. Tendremos que saltar al hiperespacio por nuestra cuenta tan pronto como estemos lo bastante lejos del planetoide." Alvar Parix la miró con preocupación desde el asiento del copiloto pero no dijo nada.

"Para eso tendremos que encontrar antes un camino entre todas esas naves..." respondió Ángel. Al consultar la computadora de vuelo, Chistes se dio cuenta de que su compañera estaba en lo cierto. Todas las rutas directas hasta los escasos puntos de salto estaban bloqueadas por naves imperiales. No tenían tiempo de dar un rodeo, y además eso supondría prácticamente anunciar que ya no se dirigían al encuentro de la *Vigilante*, sino que estaban intentando escapar.

"Esto no me gusta," escuchó decir a Lince.

"A mí tampoco, pero algo tenemos que hacer. De momento mantendremos el rumbo como si no pasara nada, y permaneceremos atentas a ver si con un poco de suerte se abre algún hueco."

"Si seguimos acercándonos hacia la fragata, para cuando queramos cambiar de rumbo ya será tarde."

"Esperad, puede que haya una salida," dijo Ángel. "Vector tres cero dos punto siete."

"Ya lo he comprobado y no puede ser," respondió Lince con rapidez. "Nos haría pasar muy cerca de uno de esos destructores."

¿Eran imaginaciones suyas, o la moral de Lince estaba empezando a hundirse? Era ella la que había estado junto a Avalancha cuando fue alcanzada, y ella misma estuvo a punto de ser derribada. Chistes la había estado observando las veces que coincidieron en la enfermería. Entonces le había parecido lógico el que estuviera tan trastornada. Después de todo, la de la camilla podría haber sido ella. Un rato antes, mientras se encontraban todavía en la superficie de KS-31, le había parecido que Lince estaba aún más cerca de la histeria que ella, y *eso yo estaba a punto de tirarme de los pelos*. Sí, Chistes tenía que admitir que llevaba al borde de sufrir un ataque de nervios desde que habían despegado de la *Vigilante* por primera vez, pero el darse cuenta de que una de sus compañeras podía estarlo pasando aún peor que ella le hizo serenarse de golpe.

"Tranquila, Lince," dijo mientras introducía el rumbo propuesto por Ángel en la computadora de vuelo. Efectivamente, suponía pasar casi pegadas al *Disuasor*, pero era la ruta más directa posible hacia el exterior del sistema y por tanto también la más rápida. Si sus compañeros mantenían entretenidos a los imperiales durante un rato más, podían llegar a conseguirlo. "Iremos un poco justas, pero podremos salir por ahí."

"No lo veo claro. No, nada claro. ¿Estás segura?"

"Claro que sí," insistió, pensando en algo gracioso que decir para que Lince se relajara un poco. "En todo caso, si algo sale mal, acuérdate de que fue idea de Ángel."

"Gracias, Chistes," intervino la aludida. "Eres un encanto..." Al parecer Ángel se había dado cuenta de lo que pasaba y había decidido seguirle la corriente. Chistes aguzó el oído esperando oír aunque sólo fuera una risilla por parte de Lince, pero no escuchó nada. Por lo que veía en la pantalla sensora, ambas lanzaderas seguían volando juntas y tomando el rumbo acordado. *Vamos, Lince*, pensó Chistes, *no te rompas ahora*.

Granito echó un vistazo hacia atrás por encima del hombro justo a tiempo de ver cómo un Interceptor TIE se ponía a su cola. Al verificar a toda prisa la señal de identificación amigo-enemigo enviada por el caza, respiró aliviado al comprobar que se trataba de Duende Dos, la nave pilotada por Lllamarada. De repente vio pasar cuatro ráfagas láser a medio metro escaso por encima de su cabeza.

"¡La madre que...! ¡Espero que la rubita no se tome su papel demasiado en serio!" Sin esperar a que la piloto volviera a abrir fuego contra él, Granito empezó a maniobrar de forma evasiva, dando bandazos y realizando bruscos y aparentemente aleatorios cambios de dirección, pero sin salirse completamente de la ruta hacia la fragata que Avalancha les había marcado a Alce y a él como objetivo. Por nada del mundo quería Granito dejar de disparar contra ella los torpedos que tan amorosamente había preparado. Los disparos de Lllamarada seguían barriendo el espacio, siempre una fracción de segundo después de

que el ala-B de Granito hubiera cambiado de trayectoria. Con un poco de suerte, cualquier imperial que estuviera observando la persecución no pondría en duda que el piloto de Duende Dos estaba haciéndolo lo mejor que podía para derribar al caza rebelde.

Eso es, Granito, vuelve a moverte, pensó Lllamarada disponiéndose a apretar de nuevo el gatillo. Esta vez uno de los disparos pasó rozando el estabilizador ventral del ala-B. "Huy," murmuró la piloto entre dientes, "Tengo que tener más cuidado o me lo voy a cargar de verdad..."

Alce movió el dial del selector de armamento a la posición de disparo de los torpedos de protones, y lo ajustó para que los dos lanzadores disparasen a la vez. En la pantalla principal de su panel de instrumentos aparecía la imagen de la fragata enemiga junto con los datos suministrados por la computadora de tiro. Los dígitos que indicaban la distancia al blanco disminuían rápidamente. Muy pronto la tendrían a tiro, pero al parecer el capitán de la nave imperial ya se había dado cuenta de que iban a ser atacados. La Nebulon-B estaba virando para ponerse de proa hacia los cazas rebeldes, de forma que ofreciese el mínimo perfil como blanco, al mismo tiempo que mantenía buena parte de sus baterías láser en posición de disparar tanto contra los dos alas-B como contra cualquier proyectil que éstos le lanzasen. El punto más débil de la fragata, la estructura alargada que conectaba el castillo de proa y los hangares con la sección trasera, donde estaban montados los motores, quedaba oculta. El indicador de amenaza de Alce estaba empezando a parpadear. Los artilleros de la fragata estaban tratando de obtener soluciones de disparo sobre ellos. En cuestión de segundos la fragata empezaría a lanzarles misiles de impacto. Una mirada a la pantalla sensora trasera le demostró que todo un escuadrón de cazas TIE, doce naves en total, venía en pos de Lllamarada, preparados para "ayudarla".

"¿Qué opinas de la situación, Granito?"

"Que nos lo vamos a pasar de miedo."

"Debí imaginarme que dirías algo así, caldaniano loco..."

Volando en dirección opuesta a Lllamarada, Víbora perseguía de cerca a los alas-B pilotados por Avalancha y Coloso. Su situación se presentaba aún más complicada que la del grupo atacando a la otra Nebulon-B. Ellos no sólo tendrían que tener ojos para la fragata y los cazas imperiales que tenían ya encima, Interceptores TIE idénticos al que él pilotaba, sino que tres corbetas rápidas de fabricación coreliana avanzaban a toda velocidad por delante de ellos, disponiéndose a cortarles el camino hacia su objetivo. La más cercana de las corbetas ya estaba empezando a disparar.

Si una de esas corbetas llega a alcanzarme con sus baterías, me convertiré en una bola de fuego en el acto...

Víbora disparó una ráfaga contra el ala-B de Coloso, poniendo el máximo cuidado en errar el blanco una vez más. Ahora volaba peligrosamente cerca de ellos, atacando, o simulando que atacaba, indistintamente a uno o al otro. El hecho de que se encontrara materialmente encima de los cazas rebeldes era seguramente lo único que retenía a los pilotos de los Interceptores para que no abrieran fuego, pues podrían derribarle a él.

"Duende Uno, aquí Epsilon Tres. ¡No le darías a un destructor estelar ni siquiera aunque estuvieras aparcado dentro!"

"¿Es este el mismo fulano que decía que no necesitaban ayuda para derribar a los rebeldes?"

"El mismo. ¿Quién le habrá puesto a los mandos de un Interceptor?"

Estos tipos se están impacientando.

"Basta de cháchara, escuadrón Epsilon. Duende Uno, aquí Epsilon Uno. Quita de en medio y deja que los pilotos de verdad hagamos el trabajo. Muévete ya o te muevo yo a tiros."

Impacientándose mucho.

Psico estaba cada vez más convencido de que no iba a salir de ésta. Sin nadie que le cubriera las espaldas, el primer descuido que cometiera sería el último. El espía pilotaba el ala-A intentando estar en todas partes a la vez, disparando contra cada caza enemigo que se cruzaba en su punto de mira. En los primeros momentos había conseguido destruir a un Interceptor y a un caza TIE estándar, pero había más cada vez. Por fortuna para él, los pilotos imperiales parecían concentrados en perseguir a los alas-B, y eso le había permitido reducir distancias con los transportes. Mantenía a las tres naves permanentemente seleccionadas en la memoria del ordenador de vuelo y les echaba un vistazo cada vez que podía. De momento parecía como si los imperiales se hubieran olvidado de ellos, porque volaban libres de marca, cada vez más cerca de las naves capitales enemigas. La maniobra de distracción ideada por Avalancha parecía estar funcionando.

Hasta ahora, pensó Psico con cierto desaliento, al comprobar que el Senderis acababa de lanzar cuatro Interceptores TIE más y que iban directos hacia las lanzaderas. Cubrirlos sin que se note. Me parece que no voy a poder evitar que se note. Psico viró en persecución de los Interceptores, listo para disparar sobre ellos tan pronto como consiguiera acercarse lo suficiente. Los sensores del ala-A no tardaron en identificar al caza que volaba como líder. Al ver la signatura en la pantalla, no pudo evitar una exclamación de sorpresa. "¡Mi viejo amigo Delta Uno!"

Psico desvió toda la energía disponible a los motores, elevando la velocidad del ala-A casi un veinte por ciento, aunque fuera a costa de quedarse sin

escudos. Aún permanecían activos, gracias a la potencia almacenada en los acumuladores, pero ésta iba decreciendo rápidamente. Lo peor era que había conseguido llamar la atención de varios cazas imperiales, los cuales intentaban ponerse a su cola. El ala-A los estaba dejando atrás poco a poco, pero aún estaba dentro del radio de alcance de sus armas. Psico vio como un disparo rebotaba en su estabilizador derecho, ennegreciendo la pintura a pesar de que la mayor parte del impacto había sido absorbida por los manguantes escudos. Psico meneó la cabeza y concentró lo que le quedaba de protección en la parte trasera. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, empezó a hablar en voz alta con el caza.

"Aguanta, precioso. Por favor, aguanta..."

Ángel fue la que dio la voz de alarma esta vez. "¡Aquí vienen! ¡Otros cuatro *Bizcos!*" *Bizco* era el mote que los pilotos rebeldes le habían puesto al Interceptor TIE, del mismo modo que llamaban *Ojos* a los cazas del modelo estándar.

"¡Los veo!" gritó Lince. El nerviosismo que empapaba su voz dejó paso a una nota de esperanza cuando los sensores de su lanzadera identificaron a una quinta nave. "¡Un ala-A les va persiguiendo!"

Chistes tardó unos segundos más en tener lecturas de las naves que se les aproximaban. Cuando lo hizo exclamó en voz alta "¡Ese es mi ala-A!"

"¿Cuándo has tenido tú un ala-A?" preguntó Ángel.

"En realidad es el que suele pilotar Sombra, pero antes de que apareciera Psico yo me iba a encargar de volar con él, ¿recuerdas? Debe ser él quien lo pilota ahora."

"¿Ese tal Psico es amigo tuyo?" preguntó Alvar. Al mirarlo de reojo, Chistes comprobó que el muchacho estaba muy pálido, pero se esforzaba por mantener la compostura.

"Sí," le respondió. "Avisa ahí atrás que nos vamos a mover un poco..."

[Puente del destructor estelar *Senderis*]

"Señor, tan sólo son cinco cazas," informó uno de los controladores de vuelo. "Cuatro alas-B y un ala-A."

"No puedo entender a los rebeldes," dijo Perdiggo sacudiendo la cabeza. "Éste es un ataque suicida. En fin, nuestros cazas acabarán con ellos. Comuníquese con el *Disuasor*. Dígame al capitán de navío Legann que vamos a continuar con el plan previsto. Abrimos fuego en siete minutos."

" Sí, señor."

En ese momento entró en el puente el capitán Beroz, su segundo de a bordo. Seguramente se había despertado al oír las alarmas y había decidido volver allí por si era necesario. Perdiggio le invitó a reunirse con él con un gesto antes de volverse hacia el segundo controlador.

"¿Qué hay sobre Ballard Dos y las lanzaderas?"

"Están a punto de ser interceptados, como usted ha pedido. El teniente Hagger va hacia ellos al mando de un vuelo de Interceptores TIE. Les hemos enviado a tres transportes con tropas de asalto para que los aborden si es preciso. Si se da el caso, pueden usar sus cañones de iones para desactivarlos."

"Muy bien," asintió Perdiggio complacido.

"Quizás el ataque rebelde tenga algo que ver con ese transporte," sugirió Beroz llegando a su lado.

"No descarto esa posibilidad en absoluto, capitán. Oficial, infórmenos tan pronto como sean capturados."

"Así lo haré, señor."

"Tampoco debemos olvidarnos de la Fragata *Vigilante*," continuó diciendo el capitán de navío. "Keller va a tener que darnos muchas explicaciones en cuanto esto termine."

"Sus cazas están ayudando en la lucha contra los rebeldes, señor," informó el controlador que había estado hablando con la fragata desde el principio.

"Insistían en que sus órdenes venían directamente de Lord Vader," dijo Beroz.

"Lo sé, también me lo han dicho a mí, pero lo cierto es que ya no me lo creo."

"Señor," volvió a intervenir el controlador de vuelo. "El controlador de la *Vigilante* me ha dicho que no se enteraron de que iban a recibir ayuda de Ballard Dos hasta el último momento, justo antes de saltar hacia aquí."

Perdiggio miró al oficial con suspicacia. No se había dado cuenta de que se había mantenido en contacto con la *Vigilante*, pero por otra parte, no le parecía mal que los hombres a su mando mostraran tener cierta iniciativa. Siempre que no se pasaran de listos.

"Mantenga un ojo puesto sobre ellos, oficial. No tenemos pruebas de momento, pero no me fío de ellos. Dígale a su amigo el controlador de la

Vigilante," al oírle decir esto a su comandante, el oficial enrojeció levemente, "que también vamos a abordar a sus lanzaderas. Que el capitán Keller les ordene que cooperen, si no quiere empeorar las cosas."

"A la orden, señor."

Llamarada no tuvo más remedio que apartarse antes de que los Interceptores imperiales que llevaba a la cola terminaran disparando sobre ella para quitársela de delante. Le habían dado una oportunidad, pero no estaban dispuestos a seguir esperando a que derribara a los dos alas-B. Llamarada maniobró para permitirles el paso y contó mentalmente hasta diez.

Veamos cuántos puedo cargarme antes de que me pillen a mí, pensó para sí sintiéndose un tanto fatalista.

Alce frunció el ceño al sentir varios impactos en la parte trasera de su nave. Resistiendo la tentación de mirar hacia atrás, compensó los escudos traseros con energía procedente de los delanteros y mantuvo el rumbo hacia el objetivo.

"Parece que Llamarada está empezando a apuntar mejor," comentó en voz alta.

"¡Ésa no ha sido Llamarada, cerebro de mynock!" le respondió Granito, dando muestra una vez más de su falta de respeto por los oficiales superiores. Alce resopló, pero a pesar de todo le echó un rápido vistazo a la pantalla sensora trasera. Granito tenía razón. En ese momento, su indicador de amenaza empezó a parpadear en color rojo, al mismo tiempo que emitía una señal sonora de aviso. "Tengo malas noticias, Granito, y no son que te voy a arrestar en cuanto volvamos." El indicador dejó de parpadear y se quedó encendido de forma constante. "La fragata nos acaba de lanzar una andanada de misiles."

Llamarada apuntó al Interceptor más próximo y apretó el gatillo. Cuando la nave explotó la piloto ya estaba disparando contra un nuevo enemigo. Gritos y maldiciones se mezclaron en sus auriculares cuando los pilotos imperiales se dieron cuenta de lo que estaba pasando. Cuatro de ellos rompieron la formación, una pareja hacia cada lado, abandonando la persecución de los cazabombarderos rebeldes para ocuparse de ella. Llamarada consiguió acabar con su segundo Interceptor, pero había perdido su ventaja inicial. El tercer imperial que trató de centrar en su punto de mira se evadió antes de que tuviera ocasión de dispararle. Dos de los cazas que se habían dado la vuelta ya estaban detrás de ella, secundados por sus dos compañeros. Dos más aparecieron de alguna parte y se aprestaron a ayudarles. *Seis, maldita sea, pensó Llamarada con desesperación, ni en el mejor de mis días podría esquivar a tantos*. La piloto lo intentó a pesar de todo, pero fue inútil. Los cazas enemigos la siguieron a lo largo de su maniobra evasiva, y un instante después los dos primeros empezaron a abrir fuego.

Ambos se convirtieron en sendas bolas de fuego antes de conseguir alcanzarla.

Llamarada comprobó su pantalla sensora trasera sin poderse creer lo que había pasado. Al ver la identificación amigo-enemigo emitida por los dos Interceptores recién llegados lo comprendió. Eran Iceberg y Sombra. Llamarada pasó a la frecuencia pre-acordada del escuadrón Blanco, y enseguida escuchó la voz de su habitual compañera de vuelo.

"Juntas de nuevo," dijo Sombra.

"¡Gracias por el rescate! Ahora tenéis que ayudar a Granito y a Alce." Llamarada había perdido momentáneamente el contacto con los dos alas-B, pero no estaban demasiado lejos, apenas a tres kilómetros por delante de ella. Seis Interceptores TIE seguían tras ellos.

"Pero tú aún tienes compañía aquí," dijo Sombra, refiriéndose a los dos Interceptores restantes. Ambos se habían visto obligados a abandonar la persecución de Llamarada para evitar ser derribados como les había sucedido a sus compañeros, pero no cabía duda de que volverían a intentarlo si dejaban de encontrarse en inferioridad numérica.

"Dejádmelos a mí," respondió Llamarada con confianza. Dos contra uno era una proporción a la que estaba mucho más acostumbrada que a la de seis contra uno. "Coged a sus compañeros antes de que acaben con los nuestros."

"Vale, nos vemos luego," dijo Iceberg zanjando la discusión. Sombra y él se alejaron mientras Llamarada se disponía a enzarzarse con los dos Interceptores restantes. Decidió no volver a la frecuencia imperial. Así se ahorraría tener que escuchar los insultos y amenazas de sus adversarios.

"Alce, Granito, aquí Sombra." Iceberg y ella estaban consiguiendo reducir la distancia con los alas-B de sus compañeros, considerablemente más lentos que los Interceptores TIE. "Vamos hacia vosotros. ¿Cuál es vuestra situación?"

"¡Mala!" respondió Alce al instante. "Además de los *Bizcos* que nos están calentando los cuartos traseros, la fragata acaba de disparar misiles contra nosotros." El piloto no dio más explicaciones. Sombra y Iceberg ya podían imaginarse el resto, aunque no iban a poder llegar a tiempo para hacer nada. Los proyectiles lanzados por la fragata les alcanzarían mucho antes de eso. No era del todo imposible esquivarlos, pero era muy difícil hacerlo, especialmente en un ala-B, menos adecuado para las acrobacias que un ala-X o un ala-A. Granito y él tenían que esperar a que los misiles estuviesen a punto de impactar antes de intentarlo. Si se movían demasiado pronto, las cabezas de guerra no tendrían ningún problema para recortar su ángulo de aproximación y acertarles de todos modos. Eso, si los Interceptores no acababan antes con ellos. Alce se había visto obligado a descargar por completo los acumuladores de energía de sus cañones láser y de iones para mantener levantados los

escudos y evitar ser derribado por los cazas imperiales, y Granito debía estar en las mismas. Los tenían tan encima que, a pesar de sus esfuerzos para no ser blancos fáciles, los pilotos imperiales les estaban machacando. *Un momento...*, pensó Alce entrecerrando los ojos.

"¿No crees que estos *Bizcos* están demasiado cerca?" escuchó decir a Granito.

"¡Eso es!" No había tiempo para decir más, ni tampoco hacía falta. Al parecer, a Granito se le había ocurrido la misma idea que a él. "Arriba a mi señal... ¡Tres, dos, uno, AHORA!"

Los dos pilotos hicieron elevarse a sus alas-B sobre su actual trayectoria de vuelo tan bruscamente como pudieron, justo cuando la oleada de misiles estaba a punto de hacer blanco contra ellos. A Granito sólo le alcanzó uno y a Alce otro, contenidos a medias entre lo que les quedaba de escudos y el grueso blindaje de sus cazabombarderos. Pero algunas de los proyectiles impactaron en los desprotegidos cazas imperiales que iban detrás de ellos. La explosión fue espectacular, atrapando a los seis Interceptores y al resto de los misiles que no habían encontrado un blanco.

"¿Estáis bien?" preguntó Sombra, con miedo de no recibir respuesta. Con los sensores de sus cazas momentáneamente cegados por la deflagración, Iceberg y ella no tenían modo de saber qué había pasado exactamente.

"¡Sí!" contestó Alce, comprobando que todos los sistemas del ala-B, incluidos los generadores de escudos, seguían funcionando. "Nos han sacudido un poco, pero lo peor se lo han llevado los *Bizcos*. Los artilleros de esa fragata no han tenido demasiado cuidado con ellos."

"Eso me da una idea," dijo Iceberg. "Vosotros preocupáos sólo de darle a la fragata."

Sin esperar la respuesta de sus compañeros, Iceberg identificó a la *Nebulon-B* enemiga y volvió a sintonizar la frecuencia imperial.

"Duende Tres a *Portcantell*, ¿qué os creéis que estáis haciendo? ¡Habéis destruido a seis de nuestros cazas!" La exclamación airada de Iceberg fue seguida por varios segundos de silencio. Convencido de que habían tenido que oírle, el piloto insistió en su diatriba. "¡Alguien va a pagar por esto, os lo prometo! ¡Y ahora dejadnos a los rebeldes a nosotros!"

"Entendido, Duende Tres," se escuchó decir por fin. "Vamos a cesar el fuego, pero no les dejéis acercarse más." Iceberg sonrió. A pesar de la confusión restante, existía la posibilidad de que en la fragata se hubieran enterado ya que los cazas del escuadrón Duende volaban para el enemigo, pero de momento la treta había dado resultado. Iceberg volvió a la frecuencia anterior.

"Listos. Lanzad vuestros torpedos y salgamos todos de aquí."

Alce no había oído la conversación, pero era fácil imaginar que Iceberg había tenido algo que hacer con el hecho que sus indicadores de amenaza se hubieran callado por primera vez en los últimos minutos. Tenían a la fragata a diez kilómetros escasos. Si se acercaban mucho más, y sin apenas escudos que les protegiesen, no durarían demasiado frente a esa nave cuando los artilleros volvieran a abrir fuego. Además, aunque la fragata había dejado momentáneamente de dispararles, había lanzado a sus propios cazas, un escuadrón completo de *Ojos*, en apoyo de Iceberg y Sombra, que simulaban intentar derribarles como antes había hecho Llamarada.

"Granito, los soltamos a dos kilómetros."

"Me parece buena idea," respondió el otro piloto, sorprendiendo un poco a Alce. No le hubiera extrañado que Granito quisiera asegurarse el blanco disparando a bocajarro, pero al parecer el misil imperial había conseguido devolverle un poco de cordura al caldaniano. Alce vio que la distancia a la fragata bajaba de cuatro kilómetros y se preparó para disparar. El puente de mandos parecía la mejor opción. Si no conseguían causarle daños importantes, al menos cegarían sus sensores durante un rato. "¡Torpedos fuera!" exclamó apretando el gatillo.

No sucedió nada.

Lo intentó una vez más. Los torpedos seguían en los lanzadores. "¿Pero qué demonios...?" empezó a decir mientras apretaba el gatillo una y otra vez. De repente, los torpedos empezaron a salir disparados por parejas. Aunque levantó el dedo del gatillo, los lanzadores siguieron funcionando sin pausa hasta que los doce torpedos estuvieron en camino. Afortunadamente Alce había mantenido el blanco centrado en su punto de mira.

"¡Supongo que los montamos demasiado rápido!" exclamó Granito. También él había conseguido lanzar sus torpedos tras varios intentos, encontrándose con el mismo resultado que Alce.

"Ahora ya no importa, ¡Vámonos!"

Los dos alas-B giraron casi ciento ochenta grados para alejarse de la fragata, seguidos de cerca por los Interceptores TIE de sus compañeros. Veinticuatro torpedos iban de camino a la *Portcantell*. Dos impactaron contra otros tantos cazas TIE que no consiguieron apartarse a tiempo. Los artilleros de la fragata, olvidando toda precaución, intentaron derribar el resto, pero se encontraron con un problema con el que no contaban. Sus computadoras de tiro no conseguían fijar el blanco sobre las cabezas de guerra que se acercaban a toda velocidad. Al tratarse de torpedos imperiales, no los reconocían como amenaza, por lo que los artilleros tenían que disparar sin su ayuda. Eran buenos. A pesar del poco tiempo del que dispusieron para reaccionar, consiguieron eliminar tres de los proyectiles. Los otros diecinueve se estrellaron en rápida sucesión contra el puente de mando. Los primeros fueron absorbidos por los escudos, pero muchos consiguieron pasar.

Sombra miró hacia atrás cuando el resplandor de la explosión de los torpedos de protones, colándose por el visor de su escotilla trasera, iluminó la cabina. Llegó a tiempo de ver con asombro como la mayor parte de la sección delantera de la Nebulon-B enemiga se desintegraba entre explosiones encadenadas. La mutilada nave empezó a girar sin control. "¡Extraordinario trabajo, chicos!" exclamó presa de la excitación, aunque las siluetas que vio recortarse por un instante contra el fulgor generado por la destrucción de la fragata le hicieron volver a ponerse seria. Los TIEs lanzados por la *Portcantell* seguían viniendo hacia ellos, sin duda sedientos de sangre. Por si eso fuera poco, las pantallas sensoras del Interceptor mostraban a otros cazas dirigiéndose en gran número hacia la zona. "Uh, oh, parece que habéis causado demasiada sensación..."

"No te preocupes por nosotros," respondió Alce. "Cuando lo veamos muy mal intentaremos escurrir el bulto saltando al hiperespacio. Pero vosotros dos deberíais ir pensando en volver lo antes posible a la *Vigilante*. Tengo la sensación de que no vamos a quedarnos mucho tiempo por aquí."

"Iceberg, Alce tiene razón," dijo Sombra, "pero nada nos impide darles una pasada a todos los TIEs que nos encontremos por el camino."

"De acuerdo. Voy detrás de ti."

"Buena suerte a los dos. Granito, ¿quieres dejar ya de chillar por lo de la fragata y hacerme algo de caso?"

Prácticamente en el lado opuesto de KS-31, Víbora había tenido que dejar paso a los pilotos imperiales que le seguían, igual que le había sucedido a Llamada muy poco antes. Antes de hacerlo, había recibido un disparo de aviso que había ido a impactar contra su tablero solar derecho, por fortuna sin causar grandes daños. El escuadrón de Interceptores lanzado por el *Senderis* se encargaba ahora de perseguir a Avalancha y a Coloso. Sus compañeros se encontraban ahora entre dos fuegos. Con las tres corbetas rápidas situadas justo enfrente de ellos, era casi imposible que los dos alas-B alcanzaran a la fragata que habían elegido como blanco.

Todo sucedió en unos segundos. Víbora había observado cuidadosamente la disposición del escuadrón enemigo antes de disparar contra ellos. La nave del líder iba seguida muy de cerca por su hombre ala por el lado de babor, y una segunda pareja de Interceptores por el de estribor, manteniendo lo que era conocido como formación de *cuatro dedos*. Una segunda *mano* les seguía ligeramente a estribor y por encima, mientras que el tercer cuarteto se encontraba más cerca en relación a Víbora, por abajo y a babor. A pesar de la amonestación de su jefe de vuelo, algunos de los pilotos imperiales seguían haciendo bromas a costa del inútil de Delta Uno. Víbora sonrió y centró la nave del líder en su retícula de disparo. Tras colocar el selector de tiro en posición para que los cuatro cañones dispararan a la vez, Víbora abrió fuego.

Intentando tener una referencia visual de sus perseguidores, Coloso miró hacia atrás por encima del hombro, justo cuando el Interceptor TIE más próximo reventaba esparciendo a su alrededor una lluvia de fuego y fragmentos, atrapando al caza que volaba pegado a su ala izquierda. La escotilla superior de este segundo TIE salió lanzada violentamente hacia arriba, al tiempo que se producía una explosión dentro de la cabina. Al parecer, el piloto había tenido tiempo de activar el mecanismo de eyección y ponerse a salvo antes de que su nave se hiciera pedazos. Un tercer caza maniobró a la desesperada para esquivar el desastre, pero al hacerlo se cruzó con la nave que volaba a su izquierda y ambas salieron rebotadas en direcciones distintas, completamente fuera de control. Aunque no estallaron, ambos cazas habían quedado fuera de combate. Coloso soltó un silbido entre dientes. "¡Cuatro de una vez! ¡Este Víbora sabe lo que hace!"

"Lo he visto," respondió Avalancha sin apartar la vista de la corbeta que tenía enfrente, a menos de tres kilómetros. Como si fuera algo que le hubiera sucedido en otra vida, y no tan sólo dos días antes, tuvo una visión de la que Lince y ella habían atacado. Entonces no disponían de torpedos de protones, pero ahora sí. A lo lejos, la fragata hacia la que se dirigían en un primer momento estaba lanzando a sus cazas. Avalancha pensó a toda prisa. No merecía la pena arriesgar el cuello para intentar alcanzarla, puesto que el objetivo no era tanto dañarla o destruirla como el atraer sobre sí a los cazas imperiales y alejarlos por tanto de los transportes. Desde ese punto de vista, el blanco al que atacaran era lo de menos.

"Coloso, olvídate de la fragata y apunta a la corbeta que tenemos en frente. Dos torpedos, ¡fuego!"

"¡Entendido, jefa!" La computadora de tiro emitió enseguida la señal indicando que había fijado el blanco sobre la nave enemiga. El piloto apretó el gatillo y maldijo en voz alta. "¡Yo me cargo a Alce y Granito, lo juro!"

"¿Qué pasa, Coloso?" Por los auriculares le llegaban las voces de los otros dos pilotos, que al parecer también tenían problemas para lanzar los torpedos. En ese momento vio pasar los proyectiles lanzados por el ala-B de Coloso, y oyó a este maldecir de nuevo.

"¡Todos, han salido todos!"

Avalancha había esperado para lanzar sus torpedos en el último momento. Al darse cuenta de lo que sucedía, retiró el dedo del gatillo. Doce torpedos ya serían más que suficiente para una corbeta. De hecho, la posición que ocupaba la nave imperial iba a convertirse en un auténtico infierno....

"¡Coloso, intenta pasar lo más cerca posible de la corbeta cuando explote!"

"¿Te has vuelto loca?"

"¡Tú hazlo y calla!"

La corbeta imperial maniobraba con toda la potencia de sus motores para intentar esquivar los torpedos, al tiempo que sus artilleros se afanaban por derribar las cabezas de guerra que tenían ya casi encima. Ambas cosas fueron inútiles. La corbeta explotó antes de que el último torpedo llegara a alcanzarla, llenando el espacio de gases incandescentes pero de muy pocos fragmentos, ya que el casco de la nave prácticamente se había desintegrado. Coloso no pudo evitar el gesto reflejo de cubrirse la cara con la mano izquierda, pero mantuvo la derecha sujetando firmemente la palanca de mandos mientras seguía al cazabombardero de Avalancha a través de la nube de fuego que había dejado atrás la corbeta. Aunque ya comenzaba a desvanecerse, consumido casi por completo el oxígeno que había contenido el casco de la nave imperial, fue aún suficiente para agotar los escudos del ala-B. Saturados por completo, sus sensores dejaron también de funcionar. Al darse cuenta de que perdía los escudos, Coloso creyó que el siguiente disparo de una de las dos corbetas supervivientes o de los Interceptores que aún tenían detrás acabaría con él, pero entonces comprendió lo que había pretendido Avalancha. *No pueden dispararnos si no pueden vernos.* Efectivamente, los dos alas-B pasaron a toda velocidad entre las corbetas sin ser molestados. Al igual que ellos, los artilleros imperiales se habían quedado también momentáneamente sin sensores, mientras que los Interceptores TIE, al estar desprovistos de escudos, tampoco habían podido seguirlos.

"¡Eres la número uno, jefa!" gritó Coloso entusiasmado.

Como era lógico, Víbora tampoco pudo seguirlos. Tenía una luz roja encendida en su panel de instrumentos. Al parecer el impacto que había recibido había quemado algunas células solares. Aunque todos los sistemas de la nave se encontraban operativos, no estaba captando energía a la misma velocidad que la gastaba. Víbora calculó que le quedaba media hora de vuelo antes de tener problemas, pero eso casi le hizo reír. No creía contar con tanto tiempo. Cuando sus sensores volvieron a funcionar, se encontró con que estaba rodeado de cazas imperiales empeñados en derribarlo. "Es un buen momento para enseñarles algunos trucos a estos muchachos..." dijo en voz alta.

"¿Cuánto te pagan los rebeldes, cochino traidor?"

Víbora desconectó la unidad de comunicaciones y se dispuso a luchar por su vida.

"Delta Uno, aquí Huésped Uno."

Hagger conocía de sobra la identificación de la unidad de transporte de tropas de asalto basada en el *Senderis*. "Te copio, Huésped Uno."

"Vamos detrás vuestro. Si se os resisten, sacudidles un poco para dejarles sin escudos y nosotros haremos el resto."

"Lo hemos hecho otras veces, Huésped Uno," respondió Hagger, un poco molesto por el hecho de que el piloto del transporte insistiera en recordarle lo que tenía que hacer. "Delta Uno fuera." *Si alguno de esos rebeldes decide daros una pasada, a lo mejor les permitimos que os sacudan un poco a vosotros antes de intervenir.* Hagger sabía que jamás haría algo semejante, pero el pensar que podía hacerlo le daba cierta satisfacción. Olvidándose enseguida de todo lo que no fuera la misión que tenían que llevar a cabo, Hagger se dispuso a asignar objetivos a sus pilotos. Las dos lanzaderas sospechosas se encontraban ya al alcance de sus armas. Ballard Dos venía un poco más atrás.

"Delta Tres, lanzadera Uno. Delta Cuatro, lanzadera Dos. Delta Dos, simplemente cúbreme. El Delta Dx9 tiene buenos escudos, así que es posible que te pida apoyo para echárselos abajo."

"De acuerdo, señor."

"Todos vosotros, no os olvidéis de que van a volar ese planetoide de ahí abajo. Si por alguna razón todavía estáis por aquí cuando oigáis la señal, dejad lo que estéis haciendo y poned rumbo hacia el perímetro de seguridad." Hagger escuchó las respuestas afirmativas de sus tres hombres y pasó entre las lanzaderas sin mirarlas siquiera, directo hacia Ballard Dos. Instantes más tarde ya tenía al Delta Dx9 perfectamente centrado en su retícula de tiro, a menos de quinientos metros de distancia. *Ya te tengo donde te quería.* Reduciendo velocidad para no echársele encima, el piloto imperial acarició el gatillo saboreando el momento

"Ballard Dos, aquí Delta Uno. Detén los motores inmediatamente o empezamos a disparar. No habrá una segunda advertencia."

La voz del piloto imperial resonó con fuerza en los auriculares de Chistes, quien se estremeció al escuchar la amenaza. Ese tipo no parecía estar bromeando, pero la suya era una orden que no podía obedecer. Chistes activó la unidad de comunicaciones para responder, pensando a toda prisa en un modo de ganar tiempo. Entonces se le ocurrió que el imperial seguramente estaba esperando escuchar la voz de Psico, un hombre, y no la suya. Eso le dio una idea.

"Lo-lo-lo siento mucho, señor, pero no-no-no sé có-cómo se para esto." Alvar se volvió hacia ella y la miró primero perplejo, y después con transparente admiración. Chistes le guiñó un ojo.

La respuesta se demoró un par de segundos. *Parece que se han sorprendido un poco,* pensó Chistes, sintiendo ganas de reírse a pesar de lo dramático de la situación. "Muy bien, gracioso, ¿te han hecho un cambio de sexo en esa fragata o venías ya preparado con un modulador de voz?"

"¿Cómo se llama tu hermana, Alvar?" preguntó Chistes desactivando momentáneamente el micrófono del casco.

"Trinia."

"Me gusta." Chistes activó de nuevo el micrófono. "Me-me-me llamo Trinia, señor, tengo ca-catorce años, y vi-vi-vivo en la colonia. No-no-no sé nada ni de fra-fragatas ni de cambios de sexo ni de eso o-o-otro que ha dicho usted."

Apenas a cinco kilómetros de allí, Psico intentaba alcanzar el grupo de Interceptores antes de que comenzaran a abrir fuego contra los transportes.

Eso es, Chistes, entreténlos unos segundos más...

"Basta de jueguecitos," respondió el piloto imperial, recuperando el tono de amenaza que había usado inicialmente. "Detén los motores o empezamos a disparar."

A Chistes se le pasó el buen humor tan pronto como le había venido. *Está visto que ese piloto no tiene la menor intención de dejarse engañar.* "Po-po-por favor, señor, no-no-no nos haga daño. Un hombre no-no-nos recogió en esta nave. De-decía que to-todo iba a volar por los aires y que-que teníamos que ir con él. Pe-pero se ha desmayado y-y-y no-no-no sé lo que le pasa." *Si al menos le hago dudar, puede que se lo piense un instante antes de hacernos pedazos...*

La nave se estremeció al recibir por detrás la descarga simultánea de los cuatro cañones láser del Interceptor TIE. Desde el compartimento de carga le llegó el grito colectivo de los colonos, apretujados allí atrás sin saber qué estaba pasando. *Mejor para ellos.* Los escudos habían perdido de golpe casi un tercio de su potencia, y Chistes se apresuró a compensar la carga de los traseros con energía procedente de los delanteros. Al hacerlo, se dio cuenta de que los pilotos imperiales lo detectarían y sabrían con total certeza que no había una niña de catorce años pilotando el transporte. Chistes llegó a la conclusión de que aunque se lo hubieran creído eso no hubiera detenido a los imperiales. Después de todo se disponían a volar el planetoide con todos los colonos allí.

"Estamos hoy de mal genio, ¿eh, Delta Uno?" transmitió Chistes, intentando no parecer tan asustada como realmente estaba. Aún sabiendo que jamás podría superar a un Interceptor TIE en capacidad de maniobra con un transporte, lo intentó de todas formas, sin dejar de hablar ni un momento. "¿Fue algo que te sentó mal en la cena? ¿Es por culpa del café de máquina?" La piloto se llevó no poca sorpresa al escuchar la carcajada del imperial.

"Es por el café."

El comentario vino acompañado de una segunda descarga que sacudió el transporte de forma mucho más violenta que la primera. Los escudos estaban ya por debajo del cincuenta por ciento. Aguantarían otro disparo más, pero el

siguiente penetraría ya en el casco. "Si sólo es eso, dame un respiro y te preparo uno de verdad..."

Hagger sacudió la cabeza. La mujer, si es que realmente era un mujer, tenía valor. Ella no podía saber que su intención no era destruir la nave sino simplemente dejarla sin escudos para que las tropas de asalto pudieran desactivarla fácilmente. Estuviera o no a bordo el supuesto traidor, espía, o lo que fuera el piloto con el que había hablado las dos veces anteriores que interceptó a este mismo transporte, se alegraba de que no le hubieran ordenado derribarlo. Según sus sensores, la nave iba cargada de gente hasta los topes. Si, como era de suponer, se trataba de los colonos, Hagger sabía que esas personas estaban condenadas. Se había corrido la voz de que las instrucciones que había recibido el capitán de navío Perdiggo incluían la eliminación expresa de esos desgraciados. Hagger no discutía las órdenes, por sucias que parecieran a primera vista y sin conocer qué las motivaba, pero no tenía por qué gustarle llevar a cabo algunas de ellas. *Que otro se manche las manos con sangre de civiles.* Estaba a punto de apretar de nuevo el gatillo cuando de pronto vio algo acercándose de frente, a toda velocidad. "¡Cuidado!" escuchó gritar a uno de los pilotos que había dejado siguiendo a las lanzaderas. Sin pensar siquiera en lo que hacía, Hagger golpeó la palanca de mando hacia un lado y empujó hasta el fondo el selector de potencia. Su caza salió disparado apartándose de Ballard Dos. Gracias a sus reflejos sólo recibió un disparo de refilón, que rebotó en uno de sus paneles solares, pero el chillido de dolor y sorpresa que estalló en sus auriculares le dijo que su hombre ala no había tenido tanta suerte.

"Hola, Delta Uno. Ya no quiero tu Interceptor. Al final pude cambiar el dichoso transporte por este ala-A. ¿Qué te parece?"

Maldita sea, es él. Me he dejado sorprender como un novato. "Tenías que ser un asqueroso rebelde. Vas a pagar por lo que acabas de hacer con mi hombre ala, entre otras cosas."

"Caramba, no sabes lo que lamento oír eso. ¿He de suponer que tampoco vas a invitarme a nada, como me habías prometido?"

Hagger no contestó. Ya estaba bien de hablar con el maldito mentiroso y traicionero rebelde. Sus pantallas sensoras - *¿Por qué no me habré fijado antes en ellas?* - mostraban que Delta Tres y Delta Cuatro se habían dado la vuelta para perseguir al ala-A, y otras unidades venían un poco más lejos. Tendrían que encargarse ellos del transporte y de las dos lanzaderas mientras Hagger y los suyos se enfrentaban al caza rebelde. Esperaba ser él mismo quien le disparara la última ráfaga.

Chistes no perdió ni un segundo. Recuperó su ruta anterior al tiempo que le pedía un informe de daños a la computadora de vuelo. No había ninguno, gracias a los escudos. Apenas tenía ya, pero no podía permitirse el lujo de desviar energía de los motores para recargarlos. Lo que necesitaba ahora era velocidad. A pesar del tiempo que habían perdido en el encuentro con los Interceptores, las lanzaderas de sus compañeras casi habían alcanzado la

zona ocupada por los destructores estelares, y estaban a salvo por tanto de la explosión del planetoide. Ella aún tendría que correr bastante para poder decir lo mismo.

"¿Cómo estáis, chicas?" preguntó por la frecuencia del escuadrón Blanco.

"Bien, gracias al tal Psico," respondió Lince.

"A mí me han atizado un poco," dijo Ángel, "pero la nave sigue entera. Por aquí atrás la gente se ha puesto bastante nerviosa."

"Cuéntamelo a mí..." Chistes se interrumpió al ver una gran explosión iluminando el espacio por delante de ella y a la izquierda. Se trataba de la fragata *Portcantell*, que acababa de ser alcanzada por los torpedos de Alce y Granito. Casi de inmediato hubo otra explosión similar, mucho más lejos y hacia su derecha.

"¡Parece que los nuestros están dando todo un espectáculo!"

"Pues reza para que todos los artilleros a bordo de ese monstruo estén mirándolo," dijo Lince con un hilo de voz. "Nos tienen a tiro..."

La gigantesca silueta del *Disuasor* llenaba casi por completo sus visores delanteros. Chistes escudriñó el espacio a su alrededor y lo completó con un vistazo a las pantallas sensoras. Buena parte de los cazas que venían en pos de Psico habían puesto rumbo hacia las zonas donde se habían registrado las dos explosiones. Si conseguían pasar junto al destructor sin que éste las disparara podrían conseguirlo.

"No lo miréis siquiera," dijo Chistes. "A ver si así tampoco nos miran ellos a nosotros."

"No pasará nada," dijo Alvar a su lado. "Tú nos sacarás de aquí, Chistes."

Ojalá tuviera yo esa confianza. "Llámame Diana si quie... ¡Oh, mierda!"

Alvar dio un bote en el asiento y volvió la vista al frente, siguiendo la mirada de Chistes. Un Interceptor TIE venía justo de frente. Chistes estaba a punto de evadirse cuando el caza hizo un tonel y pasó por encima de ellos sin disparar.

"¿Por qué ha hecho eso?" preguntó Alvar.

Chistes consultó la computadora. El caza había pasado tan cerca que los sensores del transporte no habían tenido el menor problema en captar su identificación amigo-enemigo. Duende Dos.

"¡Porque ésa era Lllamarada!"

"Me encanta que tengas tantos amigos."

Llamarada abrió fuego contra uno de los tres Interceptores que acosaban al ala-A de Psico. Cogido por sorpresa, el piloto imperial no hizo el menor intento de esquivarla. Uno de los disparos atravesó la escotilla trasera de su nave y lo mató. El TIE se alejó fuera de control, trazando una espiral que le llevaría hacia KS-31. Su compañero abandonó la persecución de Psico para enfrentarse a ella.

"Llamarada, ¿has sido tú?" escuchó decir al espía.

"La misma. He perdido contacto con el resto del grupo, y pensé en echar una mano por aquí."

"Me alegro de que lo hicieras, pero debes volver a la fragata mientras aún estás a tiempo."

"Lo sé, lo sé. ¿Podrás quitarme de encima a este *Bizco*? Temo que se empeñe en seguirme hasta el mismísimo baño de señoras."

"Sí. Tú date la vuelta y corre."

"Tanto como pueda con este trasto."

Psico redirigió toda la energía de los escudos a la parte trasera de su nave y se puso a cola del Interceptor que perseguía a Llamarada. Se mantuvo volando en línea recta el tiempo suficiente para hacer blanco en uno de los motores iónicos del caza imperial, mientras Hagger le disparaba a él. Tan pronto como Llamarada quedó libre, Psico cambió de trayectoria para esquivar a su rival.

"Por fin solos, Delta Uno."

[Puente de la *Vigilante*]

Los sargentos Rammes y Dengar habían estado observando la batalla en los monitores con gran preocupación. Hasta ahora habían podido mantener la posición sin ser amenazados por nadie, pero eso podía cambiar en cualquier momento. Los colonos que habían traído los transportes en el primer viaje habían sido conducidos a los comedores de la nave, donde estaban siendo atendidos por el androide médico de la enfermería, el único tripulante de la *Vigilante* que podían dedicarles en estos momentos. Por lo que les había dicho el 2-1B a través del intercomunicador, esa gente estaba bastante hambrienta. Durante años habían dependido de los suministros imperiales, y éstos habían cesado por completo tras la destrucción de la fábrica. A pesar de eso, casi ninguno estaba comiendo. Estaban demasiado preocupados por los familiares y amigos que habían dejado atrás, y el hecho de que todo lo que les rodeaba fuera de manufactura imperial no contribuía ni a tranquilizarles ni a hacerles creer que realmente habían sido rescatados. Ninguno de los dos técnicos podía permitirse pensar demasiado en eso.

"Mira," dijo Dengar, "el Delta Dx9 y las lanzaderas van a intentar pasar junto al *Disuasor*. Parece que han renunciado ya a volver hasta aquí y van a intentar escapar por su cuenta."

"Eso nos pone las cosas un poco más fáciles. Ya sólo tenemos que esperar a los Interceptores para saltar también nosotros. ¿Siguen todos en vuelo?"

"Creo que sí. Y también los cinco cazas del escuadrón Blanco."

"Increíble."

"¿Crees que los transportes podrán pasar tan cerca de ese destructor sin ser molestados?"

"Me estaba preguntando lo mismo, Lailha. Puede que necesiten ayuda. Vamos a acercarnos un poco más al *Disuasor*."

"¿Te has vuelto loco o qué?"

Como si no hubiese oído siquiera a su compañera, Rammes activó la megafonía de la nave y se dirigió a la tripulación. "Aquí el sargento Rammes desde el puente. Todos aquellos que podáis dejar lo que tengáis entre manos, corred a las baterías láser de proa. No disparéis contra nada hasta que os lo pida."

"Espero que sepas lo que estás haciendo..."

"Yo también."

[Puente del destructor estelar *Senderis*]

"¿Qué ha sido eso?" preguntó Perdiggo mirando a través de los visores del puente. El brillo de las dos explosiones había desaparecido tan pronto como había surgido, pero su origen era inconfundible.

"Acabamos de perder contacto con la *Portcantell* y con una de las corbetas de apoyo, señor. Ambas naves han sido alcanzadas."

"¿Cinco cazas rebeldes han hecho eso? Cómo es posible que no hayan sido derribados aún?"

El controlador parecía estar escuchando algo por sus auriculares. "Parece ser que los Interceptores de la *Vigilante* han disparado a traición contra nuestros cazas, abortando la persecución de los rebeldes..."

"¿Qué?" El capitán de navío Perdiggo y su segundo de a bordo se miraron el uno al otro. "Maldita sea, debí haber ordenado abrir fuego contra esa fragata

tan pronto como entró en el sistema, pero aún no es tarde para eso. Avise a todos los jefes de escuadrón para que consideren a los Interceptores de la *Vigilante* como objetivos prioritarios. Que salgan de inmediato nuestros bombarderos TIE. Su blanco es la *Vigilante*. Me gustaría capturar a esa nave, pero si eso no es posible la quiero destruida. Dígale eso al comandante de los bombarderos."

"Sí señor."

"¿Han abordado ya nuestras tropas a esos transportes?"

"No, señor. Huésped Uno reporta que ni siquiera han tenido ocasión de desactivarlos. Al parecer el grupo del teniente Hagger está siendo atacado."

"¿Es que no vamos a hacer nada bien?" gritó Perdiggio. El controlador de vuelo se encogió en su asiento, perdiendo el poco color que le quedaba en la cara. "Rápido, muéstreme sus posiciones en la pantalla táctica, y obtenga una proyección de rumbo a partir de los vectores que estén siguiendo ahora."

"Enseguida, señor." Casi de inmediato, tres puntos rojos empezaron a parpadear en la pantalla principal del puente, muy cerca de la posición ocupada por el *Disuasor*. Líneas amarillas marcaban las trayectorias más probables que la computadora de vuelo del *Senderis* había calculado para ellos. Incluso sin esas líneas, su única ruta del escape estaba bastante clara.

"Oficial de comunicaciones, avise al capitán de navío Legann. Que empleen los rayos tractores del *Disuasor* para atrapar a los transportes antes de que se les escapen. Que empiecen por ese condenado Ballard Dos."

"A sus órdenes, señor."

"Señor," intervino el segundo controlador. "La *Vigilante* se está moviendo. Se están aproximando al *Disuasor*."

"Intentan cubrir a los transportes en su huida."

"Eso parece, señor. Si me lo permite, tengo algo más que podría interesarle."

Perdiggio enarcó una ceja. Al parecer estaba a punto de presenciar una nueva muestra de iniciativa del controlador de vuelo. La mirada de reojo que le dirigió su compañero no le pasó desapercibida.

"He estado rastreando a los cazas rebeldes hasta el punto en el que fueron detectados por primera vez por nuestros sensores, pero su salida del hiperespacio no quedó registrada. Todo apunta a que no hubo tal salida, sino que ya estaban dentro del sistema."

Perdiggo se permitió una sonrisa. "A bordo de una nave. Y déjeme adivinar el resto: ese punto en el que fueron detectados coincide con la posición que ocupaba en ese momento la *Vigilante*."

"Así es, señor".

"Podríamos pedirle al *Disuasor* que abrieran fuego contra ellos," sugirió Beroz.

"No. Aún tenemos que cumplir con la misión de destruir KS-31, y para eso necesitamos toda la potencia de fuego de los dos destructores. Que el *Altaner* y el *Richelord* les impidan escapar mientras los bombarderos acaban con ellos."

"Me ocuparé de ello."

El comandante de la *Senderis* se limitó a observar como su segundo de a bordo daba las órdenes necesarias. Una fragata y una corbeta perdidas porque él se había dejado engañar por un rebelde. *Tendré suerte si Vader no me mata por esto...*

... a no ser, quizá, que le lleve debajo del brazo las cabezas cortadas de unos cuantos rebeldes.